

DOCUMENTO

LOS RETOS DEL SIGLO XXI

Margaret Thatcher

Hace mucho tiempo que deseaba visitar Chile y me sentí muy complacida de recibir su cordial invitación. Agradeciendo la cálida bienvenida que me han brindado, no puedo sino citar a un estudioso de la historia contemporánea de América Latina y hacer más sus palabras acerca del pueblo chileno:

Chile ha desarrollado una cultura sobresaliente, una literatura y un arte viriles, una música singularmente hermosa y una clase media vasta y vigorosa, a la par que su capital, Santiago (...), es considerada por muchos extranjeros como la ciudad más atractiva para vivir y más estimulante, en términos intelectuales, de toda América del Sur.

En años recientes, esos logros se han visto incrementados. Desde que el socialismo fuera derribado en 1973, Chile se ha convertido en un ejemplo señero de reformas económicas y logros materiales. Y con el regreso a la democracia, están dando ustedes un ejemplo de madurez política y reconciliación nacional.

Al leer acerca de la historia chilena, he quedado asombrada por ciertos paralelos evidentes entre nuestros respectivos pueblos, los cuales, desde ciertas perspectivas superficiales, parecen tan distintos. En comparación con la de

* Texto del discurso pronunciado por la ex Primer Ministro de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, durante el almuerzo organizado por la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa) el 21 de marzo de 1994 en Santiago de Chile.

Traducción del inglés del Centro de Estudios Públicos.

Estudios Públicos, 55 (invierno 1994).

sus vecinos, la población chilena es más bien pequeña, de tan sólo trece millones de habitantes. Esa fue históricamente también la situación británica. Y ambos exhiben las virtudes que los países pequeños tienden a desarrollar en tales circunstancias: un corazón grande y una mente amplia. Chile, así como Gran Bretaña, tiene a la vez un gran sentido de la identidad nacional, derivado de la fusión de distintas vertientes culturales en un todo armonioso. Ambas naciones poseen una tradición de profesionalismo e incorruptibilidad administrativa: algo cuyas ventajas económicas y políticas comienzan a ser entendidas tan sólo ahora.

Y, por cierto, ambos países miran hacia el mar. Pues el futuro de Chile descansa no solamente en el desarrollo de relaciones con sus vecinos latinoamericanos y con los Estados Unidos, sino en el hecho de formar parte de la emergente y dinámica comunidad del Pacífico. Como esa notable dama, María Graham, escribiera en su diario de reflexiones el año 1822 acerca de Chile, por entonces una nación recién independizada y no poco turbulenta:

Es tan evidente que Chile es un país marítimo, aislado como se halla de las provincias orientales por los Andes y de las que están al norte por el desierto de Atacama, que si yo fuera su gobernante volcaría hacia el océano todo sentimiento y pasión.

El Pacífico es la puerta de Chile al mundo, aun cuando tienen ustedes a la vez, por fortuna, una vía hacia el Atlántico. Ciertamente ustedes son un país que tiene una visión global.

He titulado este discurso "Los retos de siglo XXI", los que abordaré bajo cuatro encabezados:

- I. Las razones morales y prácticas del capitalismo, que es en sí una condición esencial de la democracia.
- II. El nuevo laberinto mundial: La necesidad de una defensa sólida.
- III. La libertad de comercio, y no el proteccionismo, es la vía hacia la prosperidad.
- IV. Valores más allá de la esfera económica: La importancia del imperio de la ley.

I. LAS RAZONES MORALES Y PRÁCTICAS DEL CAPITALISMO, QUE ES EN SÍ UNA CONDICIÓN ESENCIAL DE LA DEMOCRACIA

Chile acaba de retornar a la democracia plena y me siento muy complacida de estar aquí justo en momentos en que el nuevo mandatario y el nuevo gobierno asumen sus funciones. Y puesto que los creo con la sabiduría neces-

ria para proseguir en esa política de reconciliación que antes he alabado, no intento referirme ahora a los yerros y aciertos habidos en los años precedentes, a contar de 1973. Pero es importante señalar que, lejos de contradecir la tesis que tan apasionadamente defiendo, la experiencia chilena demuestra que la libertad económica y política están íntimamente ligadas.

A partir de mediados de los setenta, Chile no sólo aseguró las libertades económicas que el comunismo y la hiperinflación habían amenazado: procedió a ampliar tales libertades. Y lo hizo en clara y abierta contradicción con lo que los expertos de la época sostenían en forma categórica.

Recuerdo vividamente —es algo que jamás deberíamos olvidar— la ortodoxia imperante en los años setenta. Fue el punto culminante del control sobre la demanda y de la intervención estatal. Ocurrió así en Europa y Norteamérica. Pero en América Latina, que ha sido tan a menudo terreno propicio para la experimentación de teorías a medio germinar de revolución social y conceptos equivocados de lo que ha de ser la gestión económica, ello ocurrió con creces. De allí la gigantesca deuda del sector público, las barreras arancelarias prohibitivas y ese nivel de pobreza que es en sí, con suma frecuencia, una herencia del socialismo.

En Chile, las cosas fueron distintas. Ustedes no ampliaron el sector público, sino que lo redujeron. Ustedes ejercieron un control firme sobre el crecimiento de la masa monetaria, en lugar de recurrir a la prodigalidad en ese terreno. Ustedes redujeron los aranceles para abrir el país al comercio y su industria a la competencia. Ustedes dieron la bienvenida a la inversión extranjera cuando otros la consideraban una amenaza. Ustedes frenaron el endeudamiento y redujeron su propia deuda, no para asegurar nuevos empréstitos de los organismos internacionales sino porque entendieron que las reglas básicas de la prudencia financiera que se aplican en cualquier hogar han de aplicarse en igual medida en el Estado. Y han ido bastante más lejos que otros países al incorporar la competencia y la libre elección en el sistema previsional. Evidentemente, hubo obstáculos que salvar en el camino. El proceso de privatización se vio enfrentado, en ocasiones, a variadas dificultades. En cierto momento, a mí parecer, ustedes se apartaron en algún grado de los principios de mercado al pretender fijar el valor de su divisa con un tipo de cambio irreal. También nosotros hemos comprobado, en años recientes, los nocivos efectos del tipo de cambio fijo. Con todo (e incluso antes que yo asumiera el problema en Gran Bretaña), ustedes marcaron la pauta a seguir. Y los que marchan a la vanguardia son los primeros en tropezar con los baches del camino. Así y todo, salieron ustedes rápidamente de ellos. Y ahora es correcto hablar, sin necesidad de cruzar los dedos o de tocar madera, del milagro económico chileno.

No es sólo que su economía esté creciendo en forma acelerada y consistente, aunque dicho crecimiento sea el fundamento más seguro de una vida mejor para vuestro pueblo. Ocurre a la vez que la economía chilena es hoy más equilibrada y más diversificada. Los días en que Chile era conocido como un país que dependía en forma casi exclusiva de la exportación de cobre y los metales asociados han quedado atrás hace mucho. Las exportaciones chilenas, incluyendo la gestión y administración relativa a los fondos de pensiones y el turismo, aumentan día a día. Las frutas y verduras, el vino y el pescado satisfacen plenamente a sus clientes en todo el mundo. Han obtenido incluso ese galardón no deseado a la calidad y el valor que supone el hecho de que la Comunidad Europea, en su afán proteccionista, quiera impedir el ingreso de sus productos.

"Muy bien; concedido", habrá de responder quizás el apologista del socialismo. Y luego añadirá: "Sin embargo, aunque esas políticas hayan funcionado bien, ellas fueron implementadas a expensas de la libertad política y la justicia social". No es mi deber —ni mi intención—justificar todo lo ocurrido en Chile en las décadas pasadas, pero sí me parece que se equivoca ese socialista, por tres buenas razones.

- La *primera* razón reside en que la libertad económica es una libertad auténtica. Del mismo modo que la coerción que se ejerce por razones económicas no deja de ser, por ello, menos auténtica como coerción. Pero no lo digo yo únicamente. Oigamos lo que señala el Papa Juan Pablo II al respecto en su encíclica *Centesimus annus*, donde habla del colapso del comunismo, provocado por su ineficiencia económica, "lo cual no ha de considerarse como un problema puramente técnico, sino más bien como consecuencia de la violación de los derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad y a la libertad en el sector de la economía". La libertad es una cualidad moral. Y adviértase que los países no son ricos en proporción a sus recursos naturales; de ser así, Rusia sería el país más rico del mundo: lo tiene todo, petróleo, gas, diamantes, platino, oro, plata, metales industriales, madera y un suelo muy rico. Los países son ricos cuando sus gobiernos propician políticas que alientan la creatividad esencial del hombre, quien para tener éxito, ha de trabajar con otros para generar bienes y servicios que la gente elige comprar. Ocurre así que Japón, Suiza, Hong-Kong, Taiwán, Singapur y otras naciones no tienen recursos naturales pero están hoy entre los países más prósperos del orbe. El mercado no es una invención de ciertos teóricos de la economía: es la institución de intercambio más antigua que conoce el hombre.

- En *segundo* lugar, sólo una economía de libre empresa floreciente puede generar en cada nivel estándares de vida más elevados y los empleos que la gente precisa, si hemos afirmar con honestidad que ésta disfruta realmente de los beneficios de la libertad. Resulta, pues, muy extraño que, justo ahora que los socialistas han perdido la discusión en lo económico, se apoyen en una superioridad moral absolutamente espuria para compensar su fracaso en términos prácticos. Porque el socialismo no genera ni dignidad ni prosperidad.
- Pero en *tercer* lugar, y lo más importante de todo, la libertad económica de Chile y otros países se ha convertido en el fundamento más sólido posible de la democracia.

Considérese tan sólo a la antigua Unión Soviética, donde la libertad política antecedió a la libertad económica. Ciertamente que todos hacíamos votos por que ningún disidente solitario hubiera de permanecer un minuto más en el gulag, pero todo hubiera resultado mucho más fácil si la libertad económica hubiese sobrevenido primero. Y es un hecho que el obstáculo más importante, y el único para que la democracia consiga arraigar y la paz social quede asegurada en la antigua Unión Soviética, radica en que la economía libre no ha llegado a calar aún demasiado hondo en la población. Pues la democracia es mucho más que el gobierno de la mayoría. Una clase media vasta y confiada en sí misma, una distribución razonable (lo que, por definición, no significa igualitaria) de la propiedad privada y una economía de libre empresa exitosa son condiciones necesarias, aunque no suficientes, para que la democracia crezca. Y la democracia, al igual que cualquier entidad viva, ha de *crecer*. Es muy difícil trasplantar abruptamente las instituciones democráticas de una cultura y de una nación a otras. Por cierto que las ideas, como las personas, atraviesan las fronteras y revitalizan la vida política de una nación. Pero, en el caso de la democracia, su porvenir requiere de una alimentación interna.

Son lecciones que el mundo debería haber aprendido a estas alturas. La nuestra debiera ser una época en que la democracia y el capitalismo operen juntos en beneficio de todos. En rigor, ambos fenómenos no son sino las dos caras de una misma moneda, ya sea ésta la libra o el peso.

- Tanto la democracia como el capitalismo requieren de un sistema jurídico justo e imparcial que se aplique a todos por igual, pobres y ricos, ciudadanos, políticos y gobernantes. Sin la garantía que ese sistema legal trae consigo, administrado de manera imparcial y aplicado con efectividad, la ciudadanía habrá de sentirse desamparada y la empresa desaprovechará sus recursos.

- Tanto la democracia como el capitalismo son medios de conferir poder al pueblo. Incluso en la forma más activa de democracia política, sólo tras cierto número de años se pide a los individuos, a nivel nacional, que depositen su voto para calificar el desempeño de los políticos, o una o dos veces al año a nivel local. Pero en el mercado del capitalismo, los hombres y mujeres toman decisiones económicas a cada minuto y todos los días, a través de los bienes que adquieren.
- Tanto la democracia como el capitalismo son baluartes de la libertad, puesto que constituyen una forma de control sobre el poder estatal. La democracia lo hace al exigir que los políticos rindan cuentas. El capitalismo lo hace al retirar la industria y la gestión económica de manos del Estado, al promover la propiedad privada y abrir las políticas estatales al escrutinio y el juicio de los mercados interno y externo.

En 1993, la Freedom House, una organización que hace seguimientos de estas cosas, comprobó que había 75 países democráticos, en tanto en la década anterior había sólo 55; pero el 31% de la población mundial, la mayor parte de ella en China, vive aún bajo regímenes represivos, aunque hace una década la cifra alcanzaba al 44%. Ahora bien, antes de que arrojemos la casa por la ventana de alegría ante estas cifras, permítanme añadir una reflexión adicional acerca de este nexo. Dondequiera que se detecte una inversión de las reformas económicas emprendidas en favor de la libre empresa, hemos de ponernos en guardia a la vez contra las amenazas a la libertad política. Y sabemos, por la experiencia de nuestras negociaciones con la antigua Unión Soviética, que no se puede confiar que un país vaya a respetar los derechos de otros miembros de la comunidad mundial si ese mismo país no respeta las libertades de su pueblo. Así pues, hemos de observar atentamente lo que ocurre en Rusia y otros países de la ex Unión Soviética, recordando que su confiabilidad como vecinos quedará signada por su compromiso con la libertad política y económica en sus propios dominios.

Y esto me lleva al panorama más vasto de la escena internacional, en el que Chile tiene más intereses que nunca gracias a su economía en expansión y condición ejemplarizadora en América Latina.

II. EL NUEVO LABERINTO MUNDIAL: LA NECESIDAD DE UNA DEFENSA SÓLIDA

Incluso hoy resulta difícil captar la magnitud de los cambios históricos a los que hemos asistido en los últimos cuatro años. Desde agosto de 1989 a la

fecha, un orden mundial aparentemente estable se desplomó y quedó reducido a la nada. En acelerada sucesión, a medida que se derretía el bloque de hielo del comunismo, vimos el final de la Guerra Fría, la propagación de la independencia en Europa del este, la desintegración de la Unión Soviética y la reaparición del nacionalismo.

Pero hay gente a la cual no se puede complacer. En ciertos comentarios que oigo habitualmente en nuestros días, creo detectar una nostalgia peculiar por las atrofiadas certezas que regían el mundo de la Guerra Fría. Las que no comparto, ciertamente. Es evidente que la vida era, en algún sentido, bastante más simple por entonces. Un contexto en el que el mecanismo de preservación de la paz era el equilibrio del terror, en que las identidades nacionales eran suprimidas por Estados policiales, en que la política de los bloques de poder prevalecía sobre las nociones de justicia y autodeterminación..., *era*, de hecho, un mundo que los políticos y los funcionarios podían manejar más fácil. Sin embargo, subsistía siempre el riesgo de que esa "estabilidad" que aparentemente prevalecía dejara de funcionar. En muchas regiones del globo —incluyendo a América Latina— la Guerra Fría estaba lejos de ser propiamente "fría". La violencia revolucionaria era promovida por la Unión Soviética en todos los continentes. Aún se siente su legado abrumador. Sobre todo, el monstruoso mal del comunismo negaba no sólo los derechos fundamentales de expresión y autodesarrollo de los seres humanos: buscaba, en rigor, cambiar la naturaleza y los instintos de los seres humanos, corroyendo la lealtad a la familia, el amor a la patria, el respeto a la verdad, la fe en la religión. De ahí que yo sostengo que la caída del comunismo en buena parte del mundo, entre 1989 y 1991, fue la revolución más honda y más beneficiosa que ha habido en nuestros tiempos.

Un mundo en el que ya no está la Unión Soviética ni su amenaza constante es un lugar diferente y un lugar mejor. Pero hemos de recordar las lecciones aprendidas en nuestra lucha contra el comunismo y ponerlas en práctica en este mundo más libre pero escasamente menos peligroso, y ciertamente más desordenado, en el que hoy nos encontramos. Nuestra victoria sobre el comunismo en la época de la Guerra Fría se consiguió sólo porque Estados Unidos, firmemente apoyado por sus aliados, incluidos Gran Bretaña y Chile, siguió siendo fuerte y porque tenía la firme voluntad de utilizar esa fortaleza.

Al diluirse la amenaza de la Unión Soviética y luego derrumbarse el imperio soviético, fue correcto hacer una reevaluación y cierta reducción del arsenal bélico occidental. Pero aún debemos asegurarnos de que esa superioridad militar —y en particular la superioridad tecnológica— siga estando del lado de aquellas naciones (y principalmente de los Estados Unidos) en las que sea posible confiarla. Nunca hemos de permitir que el uso de la fuerza quede

exclusivamente en manos de quienes no tienen escrúpulos para emplearla. Existe hoy un peligro real de que en uno de esos períodos de falso optimismo a los que son tan proclives las democracias occidentales reduzcamos excesivamente nuestras defensas.

No escasean las amenazas a la paz; de hecho, los cielos están oscureciéndose. Siento la mayor admiración por el presidente Yeltsin y creo que las naciones occidentales más ricas deberían haber hecho más esfuerzos, y haberlos desplegado más tempranamente, para ayudar a Rusia a forjar una economía de mercado y establecer las estructuras de una administración sana. Pero creo también que Occidente ha de tener en consideración todas las tendencias y los riesgos que están siendo cada vez más visibles en Rusia. Hay razones muy claras para eventuales disputas —y no son las menos importantes las que atañen a los intereses rusos fuera del Estado ruso, lo que ellos mismos denominan el "exterior cercano"— que podrían tentar a fuerzas malignas en favor de una solución militar u otras formas de intervención. Y los rusos cuentan aún hoy con los medios para embarcarse en tales políticas.

Y hasta aquí, por la celeridad con que nos hemos desarmado, por las graves disensiones y la vacilación que hemos manifestado en lo que respecta al destino de Bosnia —un Estado en el corazón de Europa cuya soberanía ha sido internacionalmente reconocida—, los occidentales no hemos hecho sino demostrar nuestra debilidad ante futuras amenazas. El hecho de que incluso en esta hora tardía haya tenido tan saludables efectos la amenaza de un ataque aéreo en contra de los serbios, que mantienen sitiado Sarajevo, demuestra lo mucho que una acción más temprana y más decidida hubiera conseguido.

Insisto en mi confianza más absoluta en el presidente Yeltsin. Con él al mando, la nave del Estado ruso tiene todas las posibilidades de surcar las aguas salpicadas de escollos que tiene por delante. Pero, en Sarajevo, los rusos se han posesionado en la fallida y tradicional división Este-Oeste. Existen problemas significativos en relación a Ucrania y los Estados bálticos. En la propia Rusia hay indicios de que los sectores reformistas han perdido el favor de la opinión pública y su influencia previa. La prudencia exige, tanto por el bien nuestro como el de los auténticos demócratas en Rusia, prepararse para lo peor, aun cuando trabajemos, esperemos y oremos para que ocurra lo mejor. Tampoco podemos, ciertamente, anticipar dónde habrá de surgir la siguiente amenaza. Sabemos algo —lo suficiente para sentirnos seriamente alarmados— acerca del poderío militar de la dictadura existente en Corea del Norte. Pero ¿cuántos otros dictadores inspirados en algún credo totalitario y brutal, en un fanatismo de signo fundamentalista, en un sueño primitivo de grandeza nacional o de un destino racial manifiesto habremos de ver surgir en nuestros tiempos? ¿Cuántos más en la centuria por venir? Una de las reglas prácticas más importantes

en la vida, y de un valor primordial en la esfera política, consiste en reconocer los límites de nuestro propio saber. Y, en último término, puesto que sabemos que en nuestra condición de políticos no disponemos de la información necesaria para adivinar las segundas intenciones del mercado, entendemos que el mercado ha de quedar, en buena medida, en libertad de emitir sus propios juicios. Algo parecido ocurre en política internacional: conscientes de que no podemos saber dónde habrá de surgir la siguiente amenaza es que mantenemos nuestras defensas contra lo que pueda venir.

La gente habla a menudo del "dividendo de la paz". Una expresión que conduce fácilmente a equívocos. El dividendo de la paz no es la cantidad de dinero y recursos disponibles para ser empleados en otras cosas por el hecho de que la paz esté ahora asegurada y, en consecuencia, pueda reducirse la capacidad defensiva. Esa es la forma equivocada de razonar. La paz es el dividendo de una inversión considerable y sostenida en armas y en tecnología defensiva. Pues la paz no la garantiza una defensa debilitada, sino una defensa fuerte en manos de potencias amantes de la paz.

El gasto en defensa no es sólo un elemento adicional en el programa de gasto público de un gobierno. Es la condición de la que dependen el resto del gasto público y, por cierto, el gasto privado y la actividad pública y la privada. Si no se cuenta con una defensa lo suficientemente fuerte para hacer frente a un agresor —y para hacerlo cuando él elige atacar—, todo estará perdido. Quizás el imperativo singular más importante del mundo occidental sea hoy el de reevaluar nuestras necesidades defensivas sobre la base de supuestos fríos, realistas e incluso pesimistas, y dedicarnos urgentemente a cubrir los vacíos existentes.

Como tan bien lo señaló el poeta T. S. Eliot en el estribillo de *The Rock*;

Difícilmente pueden, quienes viven junto a un cuartel de la policía,
anticipar el triunfo de la violencia.

¿Creéis acaso que es la Fe aquello que se ha posesionado del mundo?

¿Y que no precisan ya los leones de ningún guardián?

¿Es necesario recordaros que todo lo que alguna vez fue podría
volver a ser?

III. LA LIBERTAD DE COMERCIO, Y NO EL PROTECCIONISMO, ES LA VÍA HACIA LA PROSPERIDAD

El segundo gran desafío internacional que hemos de afrontar consiste en asegurar y ampliar el libre comercio. Y las tendencias y tensiones que estuvieron cerca de provocar el fracaso de las negociaciones habidas última-

mente en el seno del GATT nos demuestran cuánto nos falta aún para persuadir a continentes enteros, países y grupos de presión de que el comercio abierto sirve a los intereses de todos.

Chile, al igual que Gran Bretaña, es una nación mercantil. Un mundo proteccionista es lo último que apoyaría cualquiera de nosotros. Las exportaciones son nuestra savia vital.

Gran Bretaña se unió a la Comunidad Europea y encabezó la creación de un Mercado Europeo Único porque lo vimos como una forma de ampliar el comercio. Por desgracia, las tendencias contrarias, hacia el mantenimiento de las importaciones fuera de la Comunidad y hacia el exceso de reglamentación, han ido en ascenso en años recientes. Y me parece vergonzoso, aunque a fin de cuentas predecible, el que fuera la Comunidad Europea el bloque tan decididamente obstruccionista en esa ronda del GATT.

Chile debería aprender de los errores de Europa. Sé que vuestro país está en vías de alcanzar un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos. Como en el caso de México, dicho acuerdo va en beneficio de los intereses económicos y políticos de Chile y de los Estados Unidos. Pero también es significativo que Chile esté a un paso de convertirse en miembro del Foro para la Cooperación Económica del Asia/Pacífico. Una perspectiva ciertamente interesante.

Hoy en día, esa porción del Asia/Pacífico exhibe las tasas de crecimiento más altas del mundo, a pesar de la recesión. Asia se torna cada día más eficiente, ahorrando e invirtiendo cada vez más; el producto por habitante se duplica cada diez años; las tasas de ahorro ascienden habitualmente a cifras próximas al 30% del PGB; los bancos asiáticos manejan hoy más de un tercio de las reservas de divisas del mundo. Fruto de ello, el comercio y la inversión dentro de la región crecen a una tasa excepcionalmente rápida y seguirán haciéndolo.

Está a la vez el caso especial de China. Lo ocurrido allí desde que Deng Xiaoping volcó todos sus esfuerzos en abrir a China a las fuerzas del mercado constituye una transformación sin precedentes en los anales del crecimiento económico. Sé que hay problemas de recalentamiento y de especulación en el presente, pero son los problemas asociados al éxito. No creo posible volver atrás el reloj en el campo de las reformas económicas, aun en caso de que alguien lo pretendiera; cabe esperar, más bien, que la devolución de Hong-Kong a China en 1997 contribuya a acelerar aún más dichas reformas. Todos los indicadores apuntan a China, Hong-Kong y Taiwán como los sectores que habrán de convertirse en el motor del crecimiento mundial al despuntar la próxima centuria.

Es imposible sustraerse a las consecuencias políticas de todo ello, y en esto Chile nuevamente ha marchado a la cabeza. Cuando se permite el funcionamiento del mercado y la propagación de la prosperidad, se crea una sociedad

cuyo pueblo está mejor educado, tiene más contacto con las ideas y el mundo exterior, tiene más dinero para gastar en lo que le parezca, llega más lejos en sus viajes, habla más libremente y trabaja para empresas autónomas y no para el Estado. Puede que los comunistas sigan denostando a la democracia, pero como bien lo han demostrado los acontecimientos más recientes, la democracia irrumpe tarde o temprano tras la libertad económica, y nadie puede frenarla.

E insisto en ello, no debemos considerar el libre comercio tan sólo en función de las frías estadísticas de la balanza comercial o de la teoría de las ventajas comparativas. El comercio es algo vibrante, lleno de vida, que trae consigo dinamismo, variedad y colorido a las grandes naciones mercantiles. Es más, genera tres grandes beneficios:

- Primero, es una fuerza que propicia la cooperación política, la armonía y la paz. No es casualidad que el proteccionismo creciente en la década de los treinta precediera a un conflicto global. El arte de la paz y las condiciones propiciatorias de ella florecen, en cambio, mediante el libre intercambio de bienes y servicios.
- Segundo, el libre comercio permite que pequeñas empresas y, por cierto, que países pequeños compitan en plan de igualdad con los gigantes comerciales y políticos. Una tendencia claramente asociada al avance de la libertad en el mundo es aquella a configurar unidades económicas y políticas pequeñas, en las que la gente se sienta más cómoda y como en casa.
- Y, por último, a través del libre comercio las regiones y países pobres pueden acceder a los mercados internacionales e incrementar los niveles de vida de sus respectivos pueblos.

Occidente no hubiera alcanzado la prosperidad que exhibió en el período de posguerra sin el marco ordenador del libre comercio. Propongámonos terminar, durante la próxima centuria, con los obstáculos residuales: no podría haber una contribución mayor que ésta a la prosperidad y, ciertamente, a la paz mundial.

IV. VALORES MÁS ALLÁ DE LA ESFERA ECONÓMICA: LA IMPORTANCIA DEL IMPERIO DE LA LEY

Chile es un país con un alto sentido de la tradición. Una sociedad predominantemente cristiana, muy homogénea. Esto les concede una fuerza a la cual deben aferrarse en las buenas y las malas épocas. En Gran Bretaña y los Estados Unidos existe hoy un vigoroso debate en torno a los valores requeridos

para sostener la libertad política y económica. Somos conscientes de que, en muchos sentidos, hemos incentivado la conducta irresponsable y el castigo. El Estado ha adquirido demasiado poder y ha dejado muy poco en manos de los individuos. Ha sustituido la autonomía por la dependencia. Ha empequeñecido al ser humano individual y empobrecido su sentido del deber.

El deseo de hacer lo que es beneficioso para el propio grupo familiar, la comunidad local y el país es la mayor fuerza, quizás, en pro del bien. Con demasiada frecuencia, sin embargo, al restringir la iniciativa y eliminar el riesgo, el Estado ha socavado aquellos instintos fundamentales. Los quiebres familiares, la delincuencia juvenil, la violencia callejera, la así llamada cultura de la droga..., son todos síntomas de una patología que hoy afecta a la sociedad, ante la cual no podemos encogernos simplemente de hombros o ignorarla si aspiramos a disfrutar en la próxima centuria de una prosperidad a buen resguardo.

Por cierto, los políticos y el Estado pueden hacer relativamente poco para modificar la naturaleza humana, pero podemos esforzarnos por crear el marco en el cual llegue a aflorar lo mejor y se desincentive lo peor de cada ser humano. Lo cual, de todos modos, no implica un enfoque radicalmente nuevo sino una vuelta, más bien, a los viejos supuestos. Durante demasiado tiempo, ha sido la izquierda la que ha fijado el programa en lo que se refiere a políticas sociales. Sé que ello es así en América Latina al igual que en Europa Occidental, o incluso en mayor grado aquí.

Existe, en particular, un argumento muy de moda que prioriza la redistribución de la riqueza por sobre la creación de la misma. Esta noción cobra aparente fuerza a partir de la miseria real que se detecta en muchos países latinoamericanos. Evidentemente, ha de haber un nivel mínimo bajo el cual nadie debiera descender, y se ha de velar por los más débiles y vulnerables, en particular por los muy jóvenes o muy viejos. Pero la redistribución no es la respuesta. Ella implica altos impuestos y en ocasiones la confiscación de la propiedad, y ambas opciones acaban castigando los esfuerzos y el talento requeridos para forjar más empresas y proporcionar con ello más empleos y crear mayor riqueza.

Recordemos que fue el marxismo, el credo de un sector intelectual y no del pueblo, el que sustrajo toda propiedad y libertad dando origen finalmente a un mundo de temor, miseria y servidumbre.

La experiencia chilena corrobora la de Gran Bretaña: a saber, que sólo cuando el Estado hace menos y los individuos y empresas hacen más se generan riqueza y empleos. Por cierto, existe algún grado de pobreza en las sociedades capitalistas, pero es muchísimo mayor —y existe cuanta menos libertad— en las sociedades socialistas. Las sociedades capitalistas crean los recursos que facilitan las condiciones de vida civilizada que todos, pobres y ricos por igual, precisan, a saber:

- Los recursos, en particular, para suministrar ese nivel educativo que se necesita para competir en el universo tecnológico y disfrutar de una calidad de vida mejor. Nadie debe esperar que el Estado le resuelva su vida, pero cada niño ha de gozar de una educación buena que le brinde la oportunidad de desarrollar a plenitud sus propios talentos.

Mantenimiento de la ley

Otra área fundamental en la que el Estado ha de actuar con vigor es en el mantenimiento del Estado de derecho. No pueden estar más equivocados quienes sostienen que el imperio de la ley (operando a través de una legislatura libremente elegida, de tribunales imparciales e independientes y de una fuerza política efectiva y no-corrupta) es algo que interesa más al rico que al pobre. En todos nuestros países, son los sectores más pobres y más vulnerables de la sociedad los que tienen más probabilidades de ser presa fácil del crimen y la violencia, y es un sinsentido evidente sugerir que tales crímenes y esa violencia derivan del idealismo social y no de la maldad humana.

Cuando está todo dicho, son los valores por los que se rige una sociedad lo que importa verdaderamente. Igual que muchos de ustedes, provengo de un hogar cristiano. Pero, ya fueran cristianos practicantes o no, la mayoría de mi generación aprobaba los valores cristianos y los consideraba *buenos*. De este modo, todos estaban provistos de una brújula de valores mediante la cual podían encauzar sus vidas.

El espíritu de cinismo, al interior de la intelectualidad, ha librado una prolongada, sostenida y, por desgracia, exitosa guerra cultural en contra de ese legado. Nosotros debemos revivirlo. Al hacerlo, no debíamos perder las esperanzas. Como bien nos lo recuerda el profesor James Q. Wilson, la gente "posee un sentido nato de la moral, (...) [que] modela el comportamiento humano y los juicios que cada cual hace acerca del comportamiento de los demás". No es preciso reinventar esa rueda; tan sólo hay que ponerla en movimiento.

Un nuevo comienzo

Cualquiera que llega a este país percibe cierta efervescencia en el ambiente. Con una economía vibrante y una democracia renovada, apuntaladas por un sentimiento de orgullo nacional y valores compartidos, Chile ha fijado el rumbo que podría seguir el resto de América Latina. Es bueno encontrar un pueblo tan confiado, que ha descubierto la senda correcta para seguir adelante.

Quizás cada país posee en su interior un misterio inescrutable. Y quizás por alguna razón inexplicable existe una corriente de simpatía natural entre nuestros dos pueblos. El párrafo inicial del diario de María Graham describe la primera visión del horizonte chileno que tuvo esa intrépida dama al final de su largo viaje por mar:

Hoy la novedad del lugar, y todas las otras circunstancias de nuestro arribo, han hecho que mis pensamientos se fijen en todo cuanto me rodea. No concibo nada más glorioso que la vista de los Andes al amanecer cuando nos aproximábamos a tierra; los Andes parecían emerger del propio océano. Sus cumbres de nieves eternas brillaban con toda su majestuosa luz mucho antes de que la tierra allí abajo quedara iluminada. Entonces, repentinamente, irrumpió el sol tras ellas y acabaron diluyéndose.

Es con algo de esa misma fascinación que el extranjero que hoy visita Chile testimonia el alcance de sus logros. Han sabido elegir su senda con sabiduría. Espero se ciñan a ella, pues hacia donde ustedes marchen otros ciertamente les habrán de seguir. □